

David Hernández de la Fuente, *El despertar del alma. Dioniso y Ariadna: mito y misterio*, Barcelona: Ariel, 2017, 453 págs. ISBN 978-84-344-2583-5.

“Tienes orejas pequeñas, tienes mis orejas: / ¡mete en ellas una palabra juiciosa! / ¿No hay que odiarse primero, si se ha de amarse? ... / Yo soy tu laberinto...”. Así finalizaba Friedrich Nietzsche el *Lamento de Ariadna* en sus *Ditirambos de Dionisos*, escritos por el filósofo alemán poco antes de abandonarse a la demencia. Muy conocida es su identificación de la princesa cretense con Cosima Wagner, la esposa de su otrora ídolo (puesto que Richard Wagner, a ojos de Nietzsche, cayó en desgracia tras su conversión al cristianismo, esa “mancha inmortal de la humanidad”). Sin embargo, esta frustrada amistad entre compositor y filósofo no puso fin a la fascinación, que no cesó de estimular su producción literaria y su creatividad filosófica, en esa obsesión por lo apolíneo y lo dionisiaco que tanto lo caracterizó. Muchos otros, antes y después de él, han tratado la figura de Dioniso y se han adentrado en los recovecos de sus fascinantes mitemas, aunque tal vez no con aportaciones tan significativas. Sin embargo, estos ríos de tinta inabarcables nunca antes habían sido encauzados como en *El despertar del alma*.

David Hernández de la Fuente, profesor de Filología Griega en la Universidad Complutense de Madrid, logra reunir en el presente volumen, cuidadosamente editado por Ariel en 2017, toda la interpretación, ritualización, reelaboración, y muy especialmente, recepción, de la que ha sido objeto este mito inmortal. Tal y como bien explica Hernández de la Fuente, Dioniso es “hombre y mujer, anciano y joven, divino y humano o animal” (p. 363). Se trata, pues, de la divinidad que personifica la naturaleza total. Sin embargo, esta narración embriagante no es ningún tipo de manual mitológico, y no encontraremos en ella una retahíla unilineal de acontecimientos. Por el contrario, lo que vertebra toda la obra es el carácter soteriológico del dios, y más concretamente, su relación con Ariadna. Con el despertar del dios a la princesa, tras haber sido ella abandonada en Naxos, se abre un camino repleto de otros despertares, que llega hasta nuestros días. El autor nos permite adentrarnos hasta en seis distintos, pues así están estructurados los capítulos que componen la obra.

En el primer despertar, se nos presenta la identidad (o deberíamos decir, identidades) del dios, y de sus múltiples narraciones míticas. Dioniso, tal y como apunta acertadamente Hernández de la Fuente, habría de ser considerado como el más importante de entre los dioses griegos a causa de su singular relación con la humanidad, ya que era capaz de acercar a los hombres a la categoría divina. Injustamente catalogado como importación foránea durante siglos, en esta narración el culto a Dioniso es devuelto al lugar que le corresponde como griego, y propio de la cultura occidental. Después de recoger toda la biografía legendaria del dios (pasando por su doble concepción, su especial relación con las mujeres, su don para el cultivo de la vid o su gran amor por Ariadna), y toda la tradición mítica asociada a Dioniso, el autor desgrana el papel social del dios en su contexto antiguo: como encarnación de

la fiesta vital de la naturaleza, por un lado, pero también como motor de cohesión social, y más importante aún, como fuente de conocimiento acerca del alma, asociado a contextos místéricos.

El segundo despertar, *Utopía*, está dedicado a un concepto fundamental de la filosofía dionisiaca, bien representado en la tradición grecolatina, y no es ni más ni menos que la Edad de Oro: el destino primordial de los mortales, a los que el dios debe liberar del sueño presente, para permitirles acceder al paraíso, donde, de nuevo, manifiesta su marcado carácter salvífico. Este trance no ha de ser un viaje, sino, más bien, un retorno, que se repite de modo cíclico, y en el cual la humanidad entera ha de aguardar al dios, en sus distintas encarnaciones. El capítulo traza un magistral recorrido por toda la filosofía dedicada a este concepto, y aunque evidentemente encuentra su máximo referente en Platón, no deja de sorprender la singularidad de cada autor al reflejar los parámetros propios de su tiempo. Sirva de ejemplo el apologeta cristiano norteafricano Lactancio, que en el siglo IV afirmaba la existencia de una época áurea primordial monoteísta, tras la cual, sin embargo, sobrevino la degeneración, y los hombres interpretaron al que habría sido un rey legendario – Saturno – como dios, abriendo paso al politeísmo. En estas páginas se sientan una serie de bases fundamentales para la correcta comprensión de los posteriores apartados dedicados a la filosofía dionisiaca en contextos de la modernidad como el idealismo alemán.

No será sino hasta el tercer despertar cuando nos encontremos frente al desarrollo del personaje de Ariadna. Si antes mencionábamos la existencia de múltiples Dionisos, no menos aplicable es este concepto para la figura de su esposa. David Hernández de la Fuente nos indica cómo, a pesar de que la versión más conocida es aquella en la que la princesa cretense, abandonada por Teseo, es rescatada por el dios en Naxos, no se trata de la información más antigua de que disponemos para conocer a esta enigmática mujer. Las versiones recogidas nada menos que por Homero y Hesíodo apuntan a que el matrimonio entre Dioniso y Ariadna sería anterior a su idilio con Teseo. En consecuencia, la falta de la joven no habría sido la traición a su familia, sino la infidelidad al dios. Es posible que su veneración hunda sus raíces en un tiempo mucho más remoto que el homérico, pues no sería raro que la identidad de la “señora del laberinto” mencionada por las tablillas en Lineal B de la Creta minoica (hermana del Minotauro, compartiendo su destino, y posiblemente, a su vez, heredera de la “señora de la miel” minoica), se refieran a la propia Ariadna. La hierogamia entre la princesa y el dios, superado el necesario trance de la muerte, supondría un momento culminante catártico, antes de abrir paso a una nueva vida en plenitud para ella, ejemplificando, como ningún otro momento, la vocación de Dioniso como salvador.

Con esta temática de fondo arranca el cuarto despertar: resurrección. Aquí, el autor traza una hábil comparativa entre la figura de Cristo y la de Dioniso, dos dioses asociados al vino y a la salvación. En un contexto de efervescencia cultural y creatividad espiritual semejante al del paganismo tardío y el cristianismo primitivo, es lógico que unos y otros creyentes captasen los elementos comunes que tenían más a mano para ayudarse en la construcción de sus innovaciones devocionales. La iconografía, como recoge Hernández de la Fuente, muestra sobradas evidencias de hasta qué punto se intentó modelar iconográficamente a Dioniso conforme a la vida de Cristo, como se puede apreciar en un mosaico de Séforis (Palestina) del siglo III, en el que tres pastores adoran y traen regalos al dios niño. También es sorprendente

el añadido posterior de una herida en el costado y un cáliz a un mosaico de Dioniso y Ariadna, probablemente procedente de Siria.

Los dos últimos capítulos son los despertares de la Historia a este mito iniciático y fundamental, es decir, su recepción, en forma de pintura, de literatura, de filosofía, de teatro, de música y hasta de cine. Ya se ha mencionado a Nietzsche, pero no serán pocas las voces que busquen despertar con el dios – y con su consorte – a través de sus creaciones: Espriu, Chaucer, Velázquez, Tiziano, Waterhouse, o Strauss, por señalar solo algunos.

*El despertar del alma* es, en suma, una contribución fundamental a la recepción de una historia que es mucho más que un mito, y que, lejos de confinarse en su laberinto, en un principio arqueológico, ha salido a la palestra de la modernidad, de manera que ya está entretejido para siempre en las costuras de la civilización occidental.

María Fernández Portaencasa  
Universidad Carlos III de Madrid  
fportaen@hum.uc3m.es